

Georg Simmel

y los mandarines alemanes

Un forastero en la academia

NICOLÁS CÁRDENAS GARCÍA*

RESUMEN

En este trabajo se analiza la carrera académica de Georg Simmel mediante una exploración de la naturaleza del campo académico en la Alemania de su tiempo. Por un lado se muestran sus características institucionales, por otro se expone la configuración de una especie de visión dominante de lo que debían ser y hacer las ciencias sociales y humanidades dentro del proyecto nacional germano. En ese campo, Simmel no siguió un curso típico, ni en su práctica académica ni en su producción intelectual, de modo que sólo tardíamente y después de varios rechazos obtuvo el puesto de profesor de carrera.

Palabras clave: Georg Simmel / Sociología en Alemania / Burocracia y universidad / Campo académico.

ABSTRACT

In this work there is analyzed Georg Simmel's academic career by means of an exploration of the nature of the academic field in the Germany of his time. On the one hand his institutional characteristics appear, by other one there is exposed the configuration of a species of dominant vision of what they had to be and do the social sciences and humanities inside the national German project. In this field, Simmel followed a typical course, neither in his academic practice nor in his intellectual production, so that only late and after several rejections it obtained the teacher's position of career.

Keywords: Georg Simmel / Sociology in Germany / Bureaucracy and university / Academic Field.

Georg Simmel nació en Berlín el 1 de marzo de 1858, y murió en Estrasburgo el 26 de septiembre de 1918. En esos 56 años vivió y al mismo tiempo pudo ser observador de grandes cambios en el modo de vida tanto de su región natal como del conjunto de Europa. Con el tiempo hemos resumido tal transformación bajo el doble rubro de modernización-modernidad, pero seguramente para los hombres de la época no fue fácil apreciarla, pensarla y darle un sentido, sobre todo porque tales cambios se dieron en múltiples campos, desde el económico hasta el de la vida cotidiana, pasando por la geografía, la política, las instituciones y la cultura.

Para los hombres dedicados al estudio de las cosas humanas no era fácil el reto de dar una explicación de lo que ocurría, y de hecho tal empeño se correspondió con la fragmentación o especialización de su saber. En esa época apareció justamente la sociología y se abrió paso en las instituciones académicas, con distintas tonalidades dependiendo del país en que ello ocurría.

Simmel participó en ese proceso en Alemania, aunque la sociología no fue su único campo de indagación, y aun cuando no se le rindió el suficiente reconocimiento en la misma Alemania. Sin embargo, con el tiempo se han reconocido sus contribuciones a la disciplina, de modo que hoy existe consenso suficiente para considerarlo como uno de sus clásicos. Campos como la microsociología, la sociología formal, la escuela de Chicago, la sociología del conflicto, e incluso la teoría de redes, parecen haber encontrado en su obra un punto de partida o inspiración. Esta paradoja de ser una especie de marginal en su tiempo y volverse un clásico cien años después, seguro le habría resultado congruente con la naturaleza relacional y dialéctica

* Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: nicolas14737@hotmail.com

de su obra. Un futuro que estaba contenido en ese pasado, un pasado que ahora debemos reinterpretar a la luz de este futuro, que a su vez nos reaparece como un presente directamente vinculado con el tiempo en el que produjo su obra. El propósito de este artículo, por ello, es esclarecer las condiciones institucionales y culturales del campo en que se desarrolló su obra, para entender tanto la posición de Simmel en el mundo académico germano como la naturaleza de sus interacciones sociales con diversos actores de ese campo.

EL TIEMPO BERLINÉS DE SIMMEL

En enero de 1871, bajo el liderazgo de Bismarck, se constituyó el Imperio Alemán, con Prusia a la cabeza. Tal entidad era totalmente nueva en el mapa europeo, y nacía bajo el signo del nacionalismo, el liberalismo y la búsqueda de la estabilidad. Simmel tenía entonces 11 años, por lo que su vida adulta transcurrió en una época de optimismo y desarrollo, aunque terminó en la catástrofe que supondría la primera guerra mundial. El final de la misma también supuso el fin del imperio, casi al mismo tiempo que moría Simmel.

Unos pocos datos nos darán idea del cambio vivido en Alemania durante esos años. En 1871, al formarse el imperio, contaba con 41 millones de súbditos; en 1913 habían llegado a 68 millones, a pesar de que una buena cantidad de alemanes emigraron a buscar fortuna en otras partes del mundo –entre 1880 y 1895 más de cien mil personas salieron cada año del país. El destino principal, con mucho, fue Estados Unidos, lugar donde se instalaron unos cinco millones de alemanes (Ferguson, 2002). Sin embargo, no fue ése el único movimiento de población, el otro fue de carácter interno, de los campos a las ciudades: a Berlín, Colonia, Hamburgo, Munich y Frankfurt, que crecieron enormemente en este periodo. Para nuestro propósito interesa señalar que Berlín pasó de tener 200 mil habitantes en 1800 a unos cuatro millones (incluyendo los suburbios) en 1900. El cambio no sólo fue cuantitativo, sino de índole más profunda. Berlín pasó de ser una antigua ciudad barroca a ser la mayor aglomeración industrial del continente europeo; era

...en su parte este más bien formal, pequeñoburguesa y proletaria, y en el oeste acomodada, verde y generosa, con la gran avenida del Kurfürstendamm como eje de desarrollo, Charlottenburg, el barrio con mayor número de fortuna millonarias, Grunewald, el *garden city* alemán, como Hampstead en Londres, todo ello atravesado y

rodeado por amplios castillos, parques y lagos, dispuestos por los príncipes electores y los reyes desde el siglo XVI, y dominado por la poderosa masa del castillo del Stadtschloss de Schlüter...(Sturmer, 2003:108).

Ese crecimiento poblacional incluyó a miles de buscadores de trabajo, pero también a una variopinta multitud de gente que venía del este en busca de refugio o de un mundo lleno de promesas. Como dice Parker (1996:141), justamente “es esta capacidad de atraer y ofrecer un santuario a los desarraigados y los migrantes lo que da a la experiencia urbana su peculiar cualidad polifónica”.

Berlín, por lo demás, no sólo se convirtió en el centro político, sino en el eje industrial, financiero y comercial de Alemania, y cada vez más de la propia Europa. Con su eficiente sistema ferroviario, sus bancos por acciones, sus pujantes industrias, era una especie de “central de energía en el centro del continente” (Sturmer, 2003: 114). Entre 1860 y 1900 Alemania casi triplicó su producción industrial, para colocarse en segundo lugar en el continente, sólo abajo del Reino Unido.

En el mundo de la vida cotidiana, el cambio tal vez fue más impactante: la luz eléctrica, la máquina de vapor, el metro, los trenes suburbanos, el telégrafo, el teléfono y los periódicos, transformaron profundamente el ritmo de la vida y la naturaleza de la interacción social en las grandes ciudades como Berlín. Lo más sorprendente es que para muchas personas, contra lo que predicaba Marx, esto significó una mejora real en sus condiciones de vida.

Alemania no era la tierra de las posibilidades ilimitadas, como la América de la leyenda del lavaplatos, pero, según todas las antiguas experiencias europeas, no estaba lejos de serlo: la biografía colectiva no sólo muestra un ascenso duradero de las rentas reales, sino también que millones de personas comían más carne de ternera, bebían más vino, se permitían el jabón, consumían más pan blanco y compraban más camisas y zapatos que antes. Se compraban más libros y diarios, ya que los alemanes sabían ahora leer y escribir casi sin excepción (Sturmer, 2003: 128).

Vale la pena destacar este último rasgo, pues en Prusia se pudo constatar que ya en 1910 no había analfabetas varones adultos. Berlín podía no ser aún la capital cultural de Europa, pero contaba con una intensa vida cultural y artística. Un joven Stephan Zweig llegó por esos años a la ciudad y aunque su primera impresión no fue tan buena, pues la comparaba con Viena, dejó constancia de esa enorme

vitalidad: “desde la mañana hasta la noche, en Berlín siempre me encontraba en compañía de gente nueva, siempre distinta, que me entusiasmaba, me defraudaba e incluso me estafaba. Creo que ni en diez años me he recreado en tanta compañía intelectual...” (Zweig, 2002:159). Esa vitalidad es la que justamente intentaba caracterizar Meinecke como “una nueva sensibilidad para el carácter fragmentario y problemático de la vida moderna” (Sheehan, 2002: 178).

Ese carácter, esa sensibilidad parecen ejemplares en el caso de Simmel, quien reconoció que su obra estaba ligada indisolublemente al medio berlinés. Ahí pudo captar el “modo de experimentar” esa vida contemporánea y “destilar lo eterno de lo transitorio” de ese mundo cambiante, méritos por los que Frisby le ha llamado justamente el primer sociólogo de la modernidad (Frisby, 1993:61,65).

Parte de esa sensibilidad le venía de estar en el centro de esa experiencia, pues nació y creció prácticamente en el centro de Berlín, en el cruce de las dos principales calles comerciales, como séptimo hijo de una familia acomodada, de origen judío, pero cuyos padres, Edward Simmel y Flora Bodstein, se habían convertido al catolicismo y al protestantismo. Pero más importante aún, amó entrañablemente a esa ciudad y sólo consintió en dejarla en 1914 porque finalmente le habían otorgado una plaza de profesor en la entonces provinciana Universidad de Estrasburgo. Al hacerlo creía que dejaba atrás las posibilidades de influir en la “cultura filosófica” alemana (Frisby, 1993:51), pero seguro que lo más doloroso fue comprobar que en Estrasburgo había nada parecido a la vitalidad cultural de Berlín. Decía, por el contrario, que vivían (él y su esposa), una “existencia enclaustrada, indiferente y desolada. La actividad académica es=0, la gente extraña y profundamente hostil” (Ritzer, 2001:321).

Esa relación entre Simmel y Alemania, entre Simmel y Berlín, también serviría para ilustrar algunas de sus formulaciones sociológicas. Por un lado nuestro autor no puede considerarse más berlinés y alemán, pero las instituciones y muchos alemanes no parecen considerarlo en esas mismas categorías. De hecho, es un lugar común señalar que su origen judío fue un factor importante para limitar su carrera académica e impidió el reconocimiento oficial de su obra. Debemos examinar con cierto detalle esta afirmación.

LA ACADEMIA PRUSIANA

Tanto el desarrollo alemán como su propia identidad no pudieron hacerse sin el concurso de las ciencias y por ende de las universidades. El modelo de univer-

sidad moderna había nacido de hecho en Berlín en 1810, en los aciagos días de la derrota ante Napoleón, diseñado por Alexander Von Humboldt, bajo la idea de “elegir a los mejores intelectos disponibles, y darles la libertad de conducir su investigación a donde quiera que ésta conduzca” (Scott, 2006:20). Tres principios básicos caracterizaron el nuevo modelo: la unidad de enseñanza e investigación, la libertad de aprendizaje y de enseñanza, y la centralidad de las artes liberales y las ciencias en el sistema universitario. El eje del mismo, en la práctica, era el profesor ordinario (de tiempo completo, el titular de cátedra), quien era considerado un servidor nacional civil. De hecho, aun cuando los profesores de una facultad sometían a escrutinio a los candidatos a ocupar las plazas, era la sección encargada de la educación superior del ministerio de educación de Prusia la que tomaba la decisión final. Esto daba lugar al entrecruzamiento de dos criterios distintos en la selección: uno académico, aún con todos los vicios normales de la academia: preferencias, prejuicios y lucha por el poder, y otro claramente político, que a partir de 1880 tuvo como componente central la lealtad a la monarquía (McClelland, 1973).

Cada profesor ordinario en la Universidad de Berlín dirigía un “Instituto” o “seminario” (de especialización curricular) construido alrededor suyo, que incluía una pirámide de profesores jóvenes, conferencistas (lecturers) y estudiantes. Los profesores también negociaban directamente con los ministerios gubernamentales apropiados, no con la universidad, el financiamiento de sus institutos (Scott, 2006:20-21).

Para fines de siglo, este modelo había resultado enormemente exitoso e influyente en el mundo. Sus logros eran grandes en muchos campos, pero tal vez eran más notables en historia, filología y química. Sin embargo, el propio éxito generó tensiones, pues las disciplinas nuevas no fueron fácilmente aceptadas por las más institucionalizadas y, además, las ciencias naturales demandaban cada vez más recursos para sus laboratorios. En todo caso, lo que importa hacer notar es que la investigación y la enseñanza superior se convirtieron en una verdadera profesión en el siglo XIX. Más aún, los investigadores de la época conformaron redes científicas a través de publicaciones, congresos, y diversas asociaciones, lo que les permitía estar en contacto, difundir sus descubrimientos y debatir al respecto. La ciencia, conforme avanzaba el siglo, dejó de ser una ocupación solitaria, y se convirtió en una actividad disciplinaria organizada, que requirió instalaciones especiales y

grandes financiamientos, que sólo podían venir por canales institucionales. A partir de ahí, el laboratorio y el seminario se convirtieron en los espacios centrales de la generación y transmisión del conocimiento. En ellos “los aprendices adquirirían tanto técnicas de investigación, como los valores y convencionalismos necesarios para el éxito profesional” (Sheehan, 2002: 170).

En la época previa al imperio alemán, este modelo había dado ya muestras de su vigor, pero después de 1870 sus éxitos fueron conocidos por el mundo entero. Se ha señalado como el indicador más rotundo de este éxito, que al instituirse el premio Nobel en 1901, el predominio alemán fuera tan grande entre los galardonados. Sólo entre 1901 y 1918, el año de la muerte de Simmel, 23 alemanes lo obtuvieron: seis en física, siete en química, cuatro en fisiología y cuatro en letras. Entre estos últimos estaban un historiador, Theodor Mommsen (en 1902), y un filósofo, Rudolf Christoph Eucken (en 1908). Vale la pena consignar que entre esos 23 laureados, había dos científicos de origen judío, ambos químicos, Wilstätter (en 1915) y Haber (en 1918). El primero trabajó tres años (1912-1915) en la Universidad de Berlín, pero hizo la mayor parte de su carrera en Zurich y Munich. El segundo estuvo primero en Karlsruhe y luego en el Instituto Káiser Guillermo de Física y Electroquímica, en Berlín, un centro de investigación que no dependía de la universidad y que era financiado en buena parte por recursos de judíos acaudalados que buscaban promover la competitividad de Alemania. No sobra decir, en todo caso, que ello se debió en buena parte a la naturaleza de los descubrimientos de Haber, que permitieron elaborar fertilizantes industriales, mejorar los explosivos y el uso de gases químicos en la primera guerra mundial (Huxtable, 2002).

Para nuestro propósito, lo importante es consignar el elevado status de las universidades, particularmente la de Berlín, y de los profesores universitarios en la época de Simmel. De hecho, en sus estudios clásicos de la academia alemana, Ringer (1978) asegura que el 44.5 de la elite alemana (1315 personas) estaba constituido por académicos, en su gran mayoría profesores universitarios de carrera. Ahora bien, alcanzar este tipo de puestos era bastante difícil y lento. El primer paso era obtener el título de doctor, cosa que en la época de Simmel se alcanzaba en promedio a los 25 años. Luego, se pasaba por un periodo de prueba para ser examinado mediante una nueva disertación y habilitado como *privatdozent*, con lo que se podía dar clases pero sin recibir salario de la universidad. Generalmente esto tomaba unos seis años. Y finalmente pasaban al menos otros seis años

para obtener el primer puesto de carrera pagado, ya fuera como asociado o titular. Es decir, esto se conseguía entre los 34 y los 38 años entre 1873 y 1910 (Ringer, 1992).

Más aún, vale la pena tener en cuenta que en los campos de elite de la historia y la filosofía, había una tradición rica y poderosa que privilegiaba las obras sistemáticas, de largo alcance y gran originalidad, o al menos controvertidas. Por ello, era una regla no escrita obtener ese primer puesto en provincia y luego ir ascendiendo hasta llegar a ser profesor ordinario en la Universidad de Berlín, lo que era una especie de consagración definitiva para cualquier académico. Mommsen, por ejemplo, obtuvo la cátedra de Historia Antigua a los 41 años, después de haber trabajado en Leipzig, Zurich y Breslau. Dilthey, por su parte, lo logró a los 49 años, después de haber trabajado en Basilea, Kiel y Breslau. Pero hubo a quien le tomó un poco más de tiempo, como Meinecke, quien lo logró en 1914 a los 52 años, y Sombart, quien lo alcanzó en 1917, a los 54 años. No sabemos si alguien como el propio Weber lo hubiera logrado antes, pues aunque había comenzado una brillante carrera obteniendo la cátedra de economía en Heidelberg en 1896, a los 32 años, tuvo que dejarla en la práctica en 1899, aquejado por fuertes problemas nerviosos.

LA CARRERA Y LA PRÁCTICA ACADÉMICA DE SIMMEL

En este contexto hay que entender la poco convencional carrera intelectual y académica de Simmel. En su familia no había un ambiente cultural estimulante, pero su padre murió en 1874 cuando tenía apenas 16 años, por lo que un amigo de la familia, Julius Friedlander, fue nombrado su tutor. Dada una relación distante con su dominante madre, Friedlander parece haber sido una influencia decisiva en la generación de sus intereses intelectuales. Esto es explicable no sólo porque era un próspero editor de música, sino amigo de Theodor Mommsen y estudioso de la numismática, materia sobre la que publicó ampliamente, al grado que en 1868 fue nombrado director de la sección de numismática del Museo de Berlín, y en 1872 miembro de la Academia de Ciencias. Con esos datos se entiende que Simmel le dedicara a él su tesis doctoral.

Simmel ingresó en la Universidad de Berlín en 1876 y ahí estudió historia, psicología, etnología y filosofía, lo cual ya daba muestra de sus diversos intereses. En cuatro años estuvo en condiciones de presentar una tesis doctoral, “Estudios psicológicos y etnográficos sobre música”, pero la misma fue rechazada por los sinodales, quienes hicieron constar

además “numerosas faltas de ortografía y errores de estilo en su trabajo”. Uno de ellos, Herman von Helmholtz, médico de origen, pero cuyas investigaciones abarcaban también temas de psicología, acústica y física (de hecho su cátedra en Berlín, obtenida en 1871, era de física), llegó incluso a afirmar que “le haremos un gran favor si no lo estimulamos a que siga en esta dirección” (Frisby, 1993:32).

Lo notable es que el joven Simmel no parece haber sido muy afectado por ese tropiezo inicial –lo cual habla de una fuerte autoestima–, y al año siguiente volvió a presentarse con el trabajo “Descripción y valoración de las diversas opiniones de Kant sobre la naturaleza de la materia”, el cual fue aceptado, e incluso premiado. Cuatro años después, en 1885, cuando ya había publicado una versión de su tesis rechazada y otro trabajo sobre la psicología de Dante, obtuvo la habilitación como *privatdozent* con una disertación sobre Kant. Esta categoría era la más baja de la carrera académica en Alemania, indicaba un status de aprendiz y no estaba acompañada de salario alguno. Simplemente permitía a quien lo ostentaba dar clases en la universidad y recibir un pago que dependía de los estudiantes inscritos en sus cursos. A diferencia de la mayoría de sus colegas, Simmel decidió quedarse en Berlín y no buscar otras alternativas para mejorar su posición en provincia, de modo que los siguientes quince años permaneció en ese bajo status.¹ Mientras tanto, en 1890 contrajo matrimonio con la pintora y filósofa Gertrude Kinel, con quien procreó un hijo al año siguiente, Hans. Aparentemente por esos años la familia Simmel no tenía mayores urgencias de dinero, pues en 1884 había muerto Friedlander y podían vivir con la herencia que había dejado a su protegido (Frisby, 1993, Watier, 2005).

Esta posición inferior en la academia, si bien no obstruyó el desarrollo intelectual de Simmel, sí condicionó en alguna medida tanto la naturaleza de su enseñanza, como la de las publicaciones que daban cuenta de su investigación. Igual que los otros grandes clásicos de la ciencia social, Simmel trabajó intensamente. Como resume Frisby, al momento de su muerte, había publicado 25 libros (tres de ellos bastante voluminosos) y aproximadamente 300 artículos, reseñas y otros trabajos. Ya los números son bastante impresionantes, pero habría que añadir que esas publicaciones cubren una gama muy amplia de campos y temas: de psicología, filosofía, teoría de la

historia, estética, filosofía de la cultura. Es interesante también el hecho de que mientras fue *privatdozent*, hasta 1900, la mitad de sus trabajos aparecieron en revistas académicas. Después de esa fecha, cuando probablemente estaba un tanto decepcionado de esperar el reconocimiento académico, sólo el 28 por ciento de sus escritos apareció en ese tipo de revistas. Lo que Coser argumenta es que Simmel, al no contar con un puesto de profesor, y por tanto no participar de la vida académica plenamente, lo que quiere decir dirigir tesis, mantener seminarios, ofrecer una cartera de cursos limitada, discutir colegiadamente, tuvo que orientar buena parte de su trabajo a un tipo de público no exactamente académico. Tenía que ofrecer cursos “interesantes”, que atrajeran oyentes (que debían pagar), y sus ensayos se dirigían a un universo de lectores más extenso que el mundillo académico. En otras palabras, Simmel no podía atenerse a las reglas de la vida académica, a su disciplina intelectual, a la observancia de estándares fijos de investigación, a la limitación de las fronteras disciplinarias y la respetuosa atención a las contribuciones de los colegas más establecidos. No es de extrañar que su creciente obra fuera recibida con alguna desconfianza, y que su popularidad le ganara alguna animadversión (Coser, 1958).

Este tipo de enseñanza y de indagación tampoco eran lo más a propósito para crear una escuela, para tener seguidores dentro del mundo académico. También es verdad que a cambio, se podría hacer una lista interminable de futuras personalidades del mundo de la cultura que asistieron a sus cursos y que fueron influidos por su obra. Sus cursos eran tan populares que ya en la década del 90 debía usar el aula más grande de la universidad. Incluso uno tan poco glamoroso como el de lógica atrajo a 80 estudiantes y un seminario sobre psicología social a 70. A partir de 1894, entre esa variedad de cursos, destaca el hecho de que ofreciera cada año uno de sociología, al menos hasta 1908. Esto es interesante, porque justamente un poco antes, había comenzado a publicar sus trabajos más sociológicos, que a la postre conformarían un cuerpo teórico bastante articulado, por el que sería más reconocido. El primero de esos cursos atrajo ya a 152 estudiantes, nada mal si se compara con los 259 que se inscribieron a otro “Sobre el pesimismo” que ofreció en el mismo año (Frisby, 1993).

Buena parte de la vida intelectual de Simmel transcurrió, entonces, en el espacio público, en periódicos, revistas, e incluso en los “salones” de la época, donde se reunían poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, escultores. Se entiende que haya trabado amistad con

1. De hecho, recibió una oferta de cátedra en Johns Hopkins por parte de Stanley Hall en 1889, que por supuesto no aceptó (Gil, 1997).

muchos de ellos, y que él mismo mantuviera un salón, que una asistente describió como “un lugar exquisito... (en el que los Simmel) Tienen un pequeño mundo cultural cerrado, con pocos amigos, una vigorosa cultura en estado puro” (Frisby, 1993:57).

Simmel se convertía, pues en una celebridad. De hecho, todos los testimonios coinciden en señalarlo como uno de los más brillantes conferencistas de su tiempo. Como tal, sin embargo, también atraía un público variopinto que era visto con desconfianza por el estado y la academia.

Atrajo estudiantes de las más variadas disciplinas; visitantes extranjeros; intelectuales independientes del mundo de las publicaciones, el periodismo y las artes; y un buen número de miembros de la “sociedad” en busca de estímulo intelectual. No es una exageración decir que muchas de las conferencias de Simmel fueron eventos públicos y a menudo descritos como tales en los periódicos (Coser, 1958: 637).

Esta capacidad de atraer y ejercer una suerte de fascinación en el oyente no siempre era bien valorada, más aun, me inclino a pensar que en ocasiones se mezclaba con cierto rechazo, como lo indican algunos testimonios. En todo caso, lo importante es que este público, o al menos una parte considerable, no juzgaba tales conferencias en términos del trabajo sistemático y metódico sobre las evidencias o por la disciplinada presentación de sus descubrimientos, sino más bien por “la brillantez de su performance, la novedad de sus ideas y la habilidad de fascinar con ellas” (Coser, 1958:637).

Por lo que parece, lo que hacía Simmel en tales conferencias era una especie de representación de su propio personaje público. Un testimonio lo describe como alguien que pensaba en voz alta, más aún, que pensaba visiblemente, pues los asistentes podían casi ver cómo “operaba su cerebro”. Así, cada uno era conducido a “participar en la construcción”, no se podía sólo escuchar, se debía participar en el proceso mismo de pensar. Otro testimonio indica todo esto muy gráficamente:

Uno podía observar cómo el proceso de pensar tomaba posesión del hombre entero, cómo la cansada figura sobre la plataforma de conferencias se volvía el médium de un proceso intelectual, la pasión del cual era expresada no sólo en palabras, sino también en gestos, movimientos, acciones. Cuando Simmel deseaba comunicar a la audiencia el núcleo de una idea, no sólo la formula, parecía manipularla al hablar, abriendo y cerrando sus dedos; todo su cuerpo oscilaba y vibraba bajo las

inquietas manos... La intensidad de su discurso indicaba una suprema tensión de pensamiento; hablaba abstractamente, pero este pensar abstracto emergía de preocupaciones vívidas, y así cobraban vida en el oyente... (Coser, 1958:637).²

Me he extendido un poco en esta goffmaniana descripción de Simmel dando clase, porque a la par que retrata su personalidad de un modo impresionista, permite analizar la mezcla de distancia y cercanía que lo vinculaba tanto a su público como a sus colegas académicos. Su exitosa representación lo obligaba a tomar distancia de su público –y de hecho se sabe que era muy selectivo con sus amistades–, pero a la vez sus colegas tomaban distancia de él mismo, a pesar de sus deseos de obtener su reconocimiento.

Lo trágico del asunto reside en que Simmel buscaba la aprobación del mundo académico. En 1898, un grupo de distinguidos profesores –entre ellos Dilthey, Schmoller y Wagner– propusieron al ministro de educación la promoción de Simmel en la facultad de Filosofía. Para ese momento ya había publicado trabajos sobre la diferenciación social, sobre problemas de filosofía de la historia, sobre la psicología del dinero, el artículo sobre superioridad y subordinación, y el importante texto “El problema de la sociología”, que se había traducido muy pronto al francés y al inglés. En la propuesta lo asociaban con la teoría de la evolución de Spencer y sintetizaban sus propósitos al trabajar en la “llamada sociología” como el de analizar “las formas sociológicas, los procesos y estructuras dominantes que se producen y que afectan a la sociedad”, de modo que sus esfuerzos eran muy semejantes, según ellos, a lo que se hacía en psicología social (Frisby, 1993:42).

Tal vez por ese problema para ubicar su trabajo, o porque el ministerio considerara que el profesor de 40 años aún no había producido una obra mayor, el hecho es que rechazó la propuesta. No deja de sorprender esta resolución, dado el apoyo de tales personalidades; sin embargo, habrá que decir que tanto Schmoller como Wagner, si bien eran competentes economistas (además de historiador el primero), no eran muy bien vistos por el ministerio debido a sus convicciones de reforma social. De hecho, el propio Schmoller había alcanzado su cátedra a los 44 años,

2. Frisby (1993) de hecho desliza en algún momento el influjo del poeta Stefan George sobre su porte y vestimenta. No sé si se trata de mera imitación o de una acentuada sensibilidad sobre el aspecto dramático de la interacción social.

en 1882, pero en su tercera nominación. Dilthey, por su parte, había criticado ya fuertemente el sesgo positivista y empirista de las ciencias culturales y había disputado tanto con la escuela dominante en psicología como con la escuela neokantiana, dominante en filosofía. Más importante aún, los tres parecían empeñados en impulsar una ampliación, una apertura en estas ciencias, proyecto en el que Simmel encajaba muy bien (Holborn, 1950, Gooch, 1977).

Dos años después su candidatura se volvió a presentar. La nueva nominación, sin embargo, mantenía sus dudas sobre la legitimidad del campo de la sociología, al que calificaban como “un vivero de pseudo-ciencia” en el que destacaba Simmel por “haber sabido extraer un conjunto de investigaciones útiles del indeterminado concepto colectivo de sociología, y ha trabajado en él con exactitud científica” (Frisby, 1993: 42-43). Esta vez no hubo un rechazo total de la solicitud, pero sólo se le promovió a profesor extraordinario, por lo que siguió con un status marginal y auxiliar. No era aún miembro pleno de la academia, no tenía poder de decisión alguna, y sus ingresos eran aún inseguros y escasos. Y así se conservó hasta 1914, a pesar de su fama ya mundial y de que su obra se enriquecía año con año. De hecho en el mismo año en que el ministerio rehusaba mezquinamente la cátedra, se publicaba uno de sus mejores libros, la *Filosofía del dinero*. Cabe señalar que Simmel, en los años siguientes, debe haber pensado mucho en la posibilidad de aceptar alguna opción en otra universidad, a pesar de que considerara tener méritos suficientes para obtener la cátedra en su amada Berlín, en parte porque comenzó a escasearle justamente el dinero (Vernik, 2007). La oportunidad llegó en 1908, cuando una de las dos cátedras de filosofía en Heidelberg se desocupó. Esta vez, la propuesta no pudo ser más elogiosa y fue presentada por dos figuras de esa universidad, Max Weber y Eberhard Gothein, en un documento que reconocía la singularidad de Simmel, pues a sus 50 años era imposible “situarlo en ninguna de las corrientes conocidas, (ya que) siempre ha seguido su propio camino”. Afirman que:

No hay duda de que Simmel, con su extenso y plural conocimiento y su penetrante energía intelectual, podría como nadie elevar la sociología del estado de una compilación empírica de datos y reflexiones generales al rango de una auténtica disciplina filosófica. Si podemos arraigarlo en Heidelberg, las ciencias sociales en general y en sus diversas ramas... tendrían una representación tan amplia como no existe en parte alguna (Frisby, 1993:48).

Esta vez el ministerio de educación que debía resolver no era el prusiano, sino el de Baden, pero el rechazo fue el mismo. La mecánica consistía en consultar al respecto a algunas figuras importantes de la academia, en este caso al historiador de la filosofía Wilhelm Windelband, justamente el ocupante de la otra cátedra en Heidelberg, y al medievalista Dietrich Schäfer, quien tenía su cátedra de historia en Berlín, pero había pasado algunos años en Heidelberg. Ambos rechazaron la propuesta; el primero por el carácter “destructivo” del pensamiento de Simmel (Salomon, 1995:48), el segundo por motivos que se han interpretado como claramente racistas. Afortunadamente contamos con la carta de Schäfer, donde desarrollaba su argumento.

Comenzaba por su célebre afirmación de que se trataba de un “típico israelita, en su apariencia externa, en su conducta y en su manera de pensar”, y después ofrecía un balance de sus méritos literarios y académicos, así como de su “muy circunscrito y limitado” éxito. Reconocía, eso sí, la gran asistencia a sus conferencias, pero señalaba que en ellas Simmel hablaba muy lentamente, como a través de fragmentos, de modo que ofrecía poco material aunque bien redondeado, pulido y sucinto. Era muy apreciado por ello entre “ciertas categorías de estudiantes que son muy numerosos aquí en Berlín”. Una buena parte eran mujeres, y el resto era un “extraordinariamente numeroso contingente del mundo oriental”, tanto de quienes ya estaban asentados como de quienes fluían semestre a semestre. Un tal conferencista “semítico, total, parcial o filosemítico, como quiera que sea”, encontraría suelo fértil en una universidad donde la parte correspondiente del cuerpo estudiantil sumaba varios miles, “dada la cohesión que prevalece en esos círculos”. En resumen:

No imagino que la Universidad de Heidelberg fuera especialmente favorecida por atraer este tipo de gente a sus salas de conferencias. De hecho, me es imposible creer que el nivel de Heidelberg fuera a elevarse por permitir un más amplio espacio que el que ocupan ya en la facultad, la visión del mundo y la filosofía de la vida que Simmel representa, las cuales, después de todo, son demasiado obviamente diferentes de nuestra educación germano-cristiana clásica. Creo que tal mezcla, en la medida en que puede ser deseable para un desarrollo saludable, ya ha sido alcanzada. Después de todo, sólo puede haber una justificación limitada para tendencias que minan y niegan más que fundamentar y construir, durante una era que está inclinada a enderezar todos los pilares –y que no siempre provienen de un celo académico, sino también de una sed de notoriedad.

Luego de esta andanada, Schäfer no perdió ocasión para criticar el apoyo de Schmoller, quien estaba “siempre listo para engancharse en las innovaciones”. Luego siguió con el estatuto de la sociología:

Es mi punto de vista, sin embargo, que la sociología todavía tiene que ganar su posición como una disciplina académica. Es, en mi opinión, el más peligroso error colocar a la *sociedad* en el lugar del Estado y la Iglesia como el órgano decisivo de la coexistencia humana. No me parecería correcto dar un reconocimiento oficial a esta orientación tan pronto, no especialmente en una universidad tan importante para el Estado y la nación como Heidelberg lo es para Baden y Alemania. Menos aún en la persona de alguien que opera más a través del ingenio y del pseudo-ingenio que por un pensamiento sólido y sistemático (Coser, 1993: 640-641).

LOS MANDARINES ALEMANES Y SIMMEL

Este dictamen sólo puede entenderse plenamente en el contexto de las luchas por el poder entre los estudiosos de las cosas humanas en la Alemania de fines del siglo XIX y principios del XX. Conforme avanzó el siglo XIX, como hemos dicho ya, el profesorado universitario pasó a formar claramente parte de la élite, lo cual en términos de este grupo se tradujo en una estructura marcadamente jerárquica combinada con un fuerte sentido de casta: mandarines, como les llamó Ringer. El mecanismo por el cual se obtenían las plazas derivó en una relación estrecha con la burocracia dominante.

Los profesores recibían las bendiciones del estado al garantizar ‘libertad académica’, ‘autonomía’ y un status burocrático alto mientras que el estado a cambio recibía el apoyo de sus profesores. Al hacer eso, los profesores racionalizaron su apoyo al gobierno autoritario definiendo el estado en términos culturales más que políticos (Fishman, 1970:384).

Aun cuando algunos no actuaran políticamente de manera abierta, el hecho es que se convirtieron en voceros informales del régimen en la medida en que compartían y representaban claramente sus valores, como una especie de guías intelectuales de la sociedad (Abisetti, 1994: 455). Es verdad que Ringer hacía una división entre ellos: por un lado estaban los “ortodoxos” y por el otro los “acomodacionistas” o “modernistas”: los primeros defendían su status contra toda amenaza proveniente de la modernidad, y los segundos pensaban que se podía encontrar

un *modus vivendi* con esa modernidad que se presentaba con la doble cara de la democracia y la industrialización. A la postre los modernistas, mucho más sensibles a las corrientes de la investigación contemporánea, fueron mejor conocidos en el exterior, como Weber, Tonnies, Meinecke, Mannheim, mientras que los segundos en su tiempo fueron mayoría y detentaron el poder dentro de las facultades (Fishman, 1970: 384-385).

En cuanto a los campos de estudio, dentro de las disciplinas sociales y humanísticas el poder y las plazas estaban bastante desigualmente distribuidos. Las ciencias sociales en su conjunto sólo tenían 35 plazas en 1900, mientras que las humanidades contaban con 347. Y dentro de éstas últimas, la filología y la historia ocupaban los primeros lugares. Se ocupaban de las lenguas antiguas 92 profesores, de las modernas 85 y de la historia 70 (Ringer, 1992). Por lo demás, dada la importancia política de su trabajo, los historiadores concentraron una buena parte del poder académico en la facultad de Filosofía. Tal dominio fue, además, una especie de legado de dos gigantes que trabajaron la mayor parte de sus vidas en Berlín: Ranke y Mommsen (Scott, 2006). El primero no sólo convirtió a la historia en una ciencia basada en el trabajo sobre archivos y la crítica sistemática de los documentos, sino que con su obra contribuyó poderosamente a la creación misma del Estado alemán. No sólo por recuperar su historia (básicamente política), sino ante todo por darle un sentido. Como resume Gooch (1977):

Declaró que la historia no era el caos que parecía a simple vista. Había fuerzas creadoras, energías morales actuantes, que le daban valor y significado. Los estados eran entidades intelectuales, creaciones del espíritu humano, pensamientos de Dios. Ningún pueblo podía vivir por sí mismo, y el carácter de cada uno sólo se desarrollaba en el contacto con el todo. La esencia de su mensaje era proclamar el deber que tienen los estados de salvaguardar su individualidad desarrollándose conforme a la orientación de su crecimiento histórico.

Ranke tuvo muchos discípulos, pero sobre todo tuvo discípulos brillantes, pues no sólo lo escucharon en el aula, sino que comenzaban trabajando en su célebre seminario, una escuela de erudición verdadera. Lo importante es que ellos continuaron con la obra del maestro, recuperando diversos periodos y aspectos de la historia de los pueblos alemanes, pero sobre todo sugiriendo que había una dirección, el rumbo de la unificación. Uno de ellos, Giesebrecht, explicaba

en el prólogo de una obra que le llevó veinte años de trabajo que: “La historia enseña que el alma vale más que el cuerpo. La ciencia de la historia alemana es una antorcha que ilumina nuestra senda e irradia su luz, tanto hacia delante como hacia atrás” (Gooch, 1977:130).

Sobre el nuevo status conseguido por Ranke para la investigación histórica, surgió un grupo de historiadores conocido como la “escuela prusiana”, justamente en Berlín. Los más importantes fueron Droysen, Sybel y Treitschke. Estos profesores, si bien deben haber recibido el influjo indirecto de Ranke, tuvieron como influencia predominante a Dahlmann, un historiador y teórico político de “vigorosa personalidad” que predicó el evangelio de la unidad alemana bajo la forma de una monarquía constitucional. Estos historiadores no se limitaron, como Ranke y sus discípulos, a investigar las cosas que realmente había sucedido, sino que impulsaron un proyecto político. Más aún, fueron militantes del mismo. Así, Droysen, en su *Historia de la política prusiana*, una obra que le llevó 30 años de trabajo y se plasmó en 14 volúmenes, escribió acerca del deber prusiano (y de los Hohenzollern) de encabezar la unión alemana. Sybel, por su parte, pronto estableció sus diferencias con Ranke al colocar por encima de la objetividad la “severidad ética indispensable a todo perfecto historiador”. La suya estaba hecha de una profunda animadversión hacia Francia, Austria, y el catolicismo. Su historia de la fundación del imperio por Bismarck era así la narración de una política siempre “irreprochable y correcta”, la de un estado modelo (Gooch, 1977).

El más grande de estos tres historiadores, Treitschke, en realidad comenzó su carrera como un apologista de la unidad alemana (bajo la conducción prusiana, claro), de un liberalismo fundado en una “vida nacional sabiamente ordenada y en una buena administración” más que en el poder de los parlamentos y, sobre todo, de la necesidad de un Estado. La unidad era un deber moral y justificaba incluso el uso de la fuerza y la política de anexión bismarckiana. Los dos pilares del nuevo imperio, de un estado fuerte, debían ser, para él, la burocracia y el ejército, quienes lo protegerían de “intereses materialistas y particularistas”. En su apoyo demandaba también una escuela que enseñara disciplina, subordinación y dedicación a la causa del Estado. Por lo demás, a su visión peyorativa de las clases bajas y los socialistas (a los que proponía enfrentar con la fuerza, no con argumentos), en los años 70 unió una prédica contra los judíos, alarmado por lo que consideraba su creciente influencia (Dorparlen, 1972).³

Inicialmente había criticado a los judíos como burgueses materialistas; ahora los atacaba como una amenaza a los valores tradicionales: estaban minando la dedicación alemana al trabajo por su propio bien al transformar toda actividad en una transacción comercial. No sólo estaban destruyendo gradualmente la fuerza moral alemana, también estaban debilitando la nacionalidad germana y la confianza en sí misma por su agresividad y por las reacciones que su actitud estaba provocando (Dorparlen, 1972: 19).

El creciente conservadurismo de Treitschke incluso lo separó en esos años de sus colegas del partido liberal nacional (partido al que representó en el Reichstag de 1871 a 1884), pero desde la cátedra que finalmente ocupó en Berlín el año de 1874 (contra la opinión de Ranke –que lo consideraba un publicista no un historiador– y de parte de la facultad), continuó desarrollando su prédica a través de un curso de política que atraía multitudes al auditorio más grande de la universidad. Ahí educó a muchas generaciones en el desdén de las actividades comerciales y de las clases bajas, en la inferioridad de los judíos y no alemanes, la ineficacia de los parlamentos y partidos, y los efectos saludables de la agresión y la guerra. Predicaba, sobre todo, que el ascenso de Alemania al poder mundial dependía justamente de la actividad de ciudadanos viriles (Dorparlen, 1972: 30). Al mismo tiempo trabajaba en lo que sería su obra maestra, su *Historia de Alemania en el siglo XIX*, cuyos volúmenes se vendieron por miles conforme salían al mercado. Esta obra, dice Gooch (1977: 160),

... era mucho más que un retrato político. Presentaba un cuadro enciclopédico del desarrollo nacional. Hacía vivir un periodo desvaído. Presentaba la época, no como una era de decadencia, sino como una reunión de las fuerzas que conducirían a la unidad y como un tiempo de incomparable actividad intelectual. Es el único de la escuela prusiana que abarca la cultura en su visión, y estudia con gran cuidado el movimiento de la opinión y el desarrollo de la literatura y la erudición... Su estilo tiene una fuerza y una riqueza incomparables, y domina el humor y la emoción... Es el artista literario de la escuela prusiana. Por la magia del estilo y su palpitante vitalidad iguala a Mommsen y deja atrás a todos los demás historiadores alemanes.

3. Vale la pena señalar que Schmoller publicó una réplica a sus argumentos contra los “socialistas de cátedra” (Gooch, 1977: 161).

No deja de ser una paradoja que el más político, conservador y combativo de la escuela prusiana, del que decía Schmoller que “amaba y odiaba con una fuerza elemental, casi volcánica”, fuera el que en sus últimos años tuviera una perspectiva más amplia de la historia, pues el legado de la escuela consistió en afirmar el predominio de la historia política en el *establishment*, a pesar de que el propio Momsenn, desde su cátedra de historia antigua, promoviera una ampliación del campo. Aquí, en todo caso, es necesario decir que la postura amistosa de Momsenn ante Austria, su posición radical en el Reichstag y su crítica de las políticas proteccionista y colonialista de Bismarck, le valieron un proceso del que fue absuelto. También se opuso con firmeza a la irrupción de antisemitismo que encabezaron Treitschke y un cura luterano, Stocker (Gooch, 1977). Es muy posible que Momsenn viera, por ello, con buenos ojos la candidatura de Simmel, pero también es bastante seguro que no tenía la fuerza política para oponerse a una tendencia que Treitschke no hacía más que expresar públicamente, pero que muchos compartían.

De hecho, en esos años surgió precisamente una historia de la cultura de la que Burckhardt no era sino el mejor exponente. Pero de ello no se siguió que de inmediato lograra un status institucional. Más bien concitó el rechazo de los académicos ortodoxos; así, en su alocución inaugural de la cátedra en Tübinga, en 1888, Dietrich Schäfer declaraba que si la historia había de tener unidad y carácter científico, debía concentrarse en el Estado. Criticaba que muchos escritores se dedicaran al estudio de las masas y de trivialidades como “la casa medieval” en lugar de ocuparse de las expresiones de la naturaleza más elevada del hombre. La historia sería un conocimiento muerto, según él, sin el aliento vitalizador del estado. “La misión del historiador consiste en hacer que el estado entienda su origen, su tarea, las condiciones de su vida” (Gooch, 1977:582).

Schäfer era uno de los cuatro historiadores con el estatus más elevado en Berlín en la primera década del siglo XX (los otros eran Schmoller, Lenz y Delbruck) aunque, cosa poco común entre estos académicos, nació en una familia muy pobre, pero con un orgullo muy marcado. Gracias a una ética de trabajo rigurosa y a algún patronazgo afortunado pudo estudiar en Jena, Heidelberg y Gotinga, donde se doctoró en 1872. Fue alumno de Treitschke en Heidelberg, quien lo marcó profundamente en términos ideológicos. Luego hizo una larga carrera como profesor en Jena, Breslau, Tübinga y Heidelberg, para llegar a Berlín en 1903, a los 58 años. McClelland (1973:12) lo retrató de manera bastante cruda como sigue:

Todos sus trabajos rezuman la sobriedad, la falta de humor y la pedantería del maestro de escuela pequeño burgués (lo que había sido antes de iniciar su carrera académica). Schäfer tenía una idea política básica, la cual llegó fácilmente a él como nativo de Bremen: creía totalmente en la misión de Alemania como un gran poder comercial, naval y colonial... Fue el más convencido y acrítico propagandista del imperialismo entre los historiadores de Berlín.

Schäfer era, pues, un mandarín ortodoxo, heredero de la escuela prusiana (aunque él mismo no era de una estatura comparable a aquellos) y no hacía sino exponer sus enseñanzas, lo que dio lugar a un debate con quienes promovían otra forma de pensamiento histórico. Uno de ellos fue justamente Eberhard Gothein, quien años después propondría a Simmel para la cátedra de Heidelberg. Gothein, que había publicado sobre la civilización del sur de Italia y sobre Lutero y la contrarreforma, señaló en su réplica al discurso inaugural de Schäfer que las ciencias en desarrollo “no necesitaban que se limitara con miedo su alcance”; el estado era sólo una forma más de asociación humana, y en muchos momentos, la clave del desarrollo humano debía buscarse más allá de la política. En diversos periodos habían sido las ideas las que “sacudieron los viejos moldes y transformaron la faz del mundo. Ante esos periodos sólo el historiador de la cultura está en situación de poner orden en el caos de la política” (Gooch, 1977: 582-583).

En su respuesta Schäfer reconocía que la historia incluía todos los aspectos de la vida, pero que ninguna mente humana podía abarcar el conjunto, de modo que era necesario seguir el ejemplo de Ranke y los grandes historiadores que concentraron su mirada en el Estado. Por lo demás, ningún periodo era, desde su punto de vista, casi totalmente cultural. En fin, cada uno siguió en su postura.

Poco después se desataba otra controversia similar a raíz de la publicación de la *Historia Alemana* de Lamprecht, quien trabajó con un enfoque interdisciplinario, negaba que los destinos humanos tuvieran una dependencia esclavizadora de la política, y afirmaba que, en todo caso, la autoconservación política dependía del desarrollo de los valores ideales provenientes del arte, la ciencia, la religión, el derecho y la moral. Su historia buscaba ser un estudio del desarrollo de la conciencia y del alma popular nacional alemanes, pero parece haber estado llena de errores de método, de interpretación y de rigor en el tratamiento de sus materiales. La condena de los profesionales hacia ella fue casi unánime, por lo

que en realidad el profesor de Leipzig hizo un flaco favor a la historia cultural (Gooch, 1977).

Me parece que sin este contexto no podemos entender los repetidos fracasos de Simmel en ser aceptado por la academia. De hecho, su candidatura de 1908 fue la oportunidad para que volvieran a encontrarse en bandos opuestos Schäfer y Gothein. Y es evidente que el primero no había cambiado un ápice su postura. También es claro que su poder institucional era más fuerte que el de Gothein, pues el ministerio rechazó el otorgamiento de la cátedra para Simmel. Otra vez, como en 1900, la decisión coincidió con la publicación de uno de sus trabajos más importantes, la *Sociología*.

Finalmente, esta larga digresión nos permite ubicar el famoso manuscrito inconcluso de Weber (1986) sobre Simmel, que fue hallado en 1972 y que parece haber sido redactado poco después de este rechazo, pues ahí afirma que fuera de Prusia, la “experiencia nos ha mostrado que todos los esfuerzos de otras facultades para reclutar a Simmel serán inútiles mientras las agencias responsables no tomen la resolución de independizarse de esas eminencias prusianas que se sentirían ofendidas si se diera la cátedra a Simmel en algún otro lugar”. Tal vez lo haya comenzado empujado por la necesidad de aclarar por qué Simmel debía tener el lugar que la academia le negaba una y otra vez. Pero el que no lo haya terminado creo que más bien tiene que ver con el sentido que el escrito (una crítica de sus dos obras principales, *La filosofía del dinero* y *Sociología*) iba adquiriendo, dadas la honestidad intelectual y la agudeza de Weber.

Weber comenzaba por señalar el impacto contradictorio de la obra de Simmel en muchos, incluido él mismo. Por un lado “los aspectos cruciales de su metodología son inaceptables” y sus resultados sustantivos también podían ser rechazados “radicalmente”. Además su forma de exposición es a veces “muy extraña”, de modo que es difícil “congeniar” con él. Pero por el otro lado “su exposición es simplemente brillante y, lo que es más importante, alcanza resultados intrínsecos imposibles de lograr por algún imitador. A decir verdad, prácticamente cada una de sus obras abunda en ideas teóricas importantes y novedosas, así como en observaciones de lo más sutiles. Casi todas sus obras son de esa especie de libros en donde no sólo los resultados válidos, sino también los falsos, proporcionan tal riqueza de estímulos para el desarrollo del pensamiento propio que, comparada con ellos, la mayoría de los más preciosos logros de otros académicos parece despedir continuamente ese peculiar olor a estrechez y pobreza”.

Después señalaba cómo la recepción de la obra de Simmel estaba marcada por esa ambivalencia, salvo los casos de quienes “claramente lo aborrecen” por razones sectarias (como algunos economistas o los miembros de las escuelas filosóficas de la época, a ninguna de las cuales pertenecía). Esa ambivalencia, en primer lugar, procedía de su uso de la analogía, pues tomaba ejemplos de muy diversos campos del conocimiento para ilustrar alguna cuestión sociológica. Para el especialista, ese uso era “externo” en relación a la naturaleza específica o contexto de ese campo. El especialista veía así fenómenos contruidos de manera “oblicua”, distorsionada en relación a sus componentes causales, cuando el propósito de Simmel no era trabajar con cuestiones fácticas o empíricas, sino con los “significados” de un fenómeno. Tal procedimiento “juguetón” resultaba irritante, pero sus colegas filósofos deberían entender que quizá obtenía parte de sus objetivos precisamente a través de ese procedimiento. Más aún, su tratamiento de cuestiones técnicas sustantivas también estaba normalmente imbricado con sus intereses metafísicos, como el significado de la vida, de modo que ello también obscurecía sus logros, aún si podían a veces ser “una consecuencia no intencionada” de su trabajo.

Dicho esto, pasaba a una crítica del concepto de interacción, pero ahí se corta el documento, lo cual es una verdadera lástima. Para nuestro propósito, lo importante es resaltar que Weber mismo, a pesar del aprecio, de la alta valoración de su obra, tenía una actitud ambivalente, en términos académicos, hacia Simmel. Sus críticas tenían un aire de semejanza con las que habían ocasionado el rechazo de la candidatura de Simmel, aunque es claro que el punto de partida de tales críticas y las consecuencias que se podían extraer de las mismas eran muy diferentes.⁴ Mientras los académicos prusianos rechazaban tajantemente a Simmel, Weber defendía la naturaleza original, innovadora y estimulante de su enfoque. En todo caso, nuevamente la postura institucional de los mandarines era más fuerte que la de Weber y Gothein, de modo que Simmel tuvo que seguir con su carrera en los márgenes de la academia.

Este nuevo rechazo coincidió con la decisión del propio Simmel de abandonar el campo de la sociología, al que nunca se había sentido totalmente vinculado. Como se ha dicho, es bastante seguro que en Heidelberg, con la cercanía de Weber, tal vez no hubiera tomado esa decisión, aunque parece que

4. Incluso con las críticas de quienes reconocieron, por otra parte, las grandes virtudes de su obra (Gil, 1997).

en el fondo consideraba haber dado todo lo que podía a esta nueva disciplina. De hecho, a fines de 1909 explicaba al propio Weber que “ni mi tiempo ni mi inclinación ni mis conocimientos son suficientes para hacer justicia a la tarea” de ser presidente de la Asociación Sociológica Alemana, que habían creado ambos con Tonnies ese mismo año (Frisby, 1993: 49).

Poco después, en 1910, volvió a presentarse la candidatura de Simmel para una cátedra en la pequeña, antigua y lejana Universidad de Greifswald, a orillas del mar báltico. No he podido encontrar información alguna de las motivaciones de Simmel para buscar este puesto, pues Greifswald ciertamente no era una universidad importante en ese entonces en los campos que cultivaba. Puede ser que simplemente buscara ya la estabilidad económica que traía aparejado el nombramiento de titular de cátedra, pero el hecho es que allá también le fue negada la plaza.

Finalmente, en 1914, se le dio la cátedra de filosofía en la universidad de Estrasburgo, en Alsacia. Tenía 56 años, era un figura sobresaliente en el mundo cultural alemán y era, sobre todo, muy berlinés, de modo que, a pesar de un entusiasmo inicial por haber logrado el puesto, pronto se desilusionó por el ambiente provinciano de Estrasburgo y porque a pesar de haber algunas mentes interesantes en su facultad, “en su conjunto es un montón de deficientes mentales” (Frisby, 1993: 52). Por otro lado, ese año estalló la guerra y afectó el desarrollo normal de las actividades universitarias. No obstante, Simmel continuó trabajando intensamente, aunque sólo una pequeña parte de su trabajo de esos años estuvo dedicada a la sociología.

Curiosamente, la guerra pareció abrirle una nueva oportunidad de trasladarse en 1915 a Heidelberg, donde repentinamente se desocuparon las dos cátedras de filosofía. Por una parte Windelband murió ese año y por la otra el filósofo Emil Lask había dejado la suya para enrolarse en el ejército, a pesar de su mala salud y severa miopía, sólo para morir en la región de Galizia (Polonia). Sin embargo, la propuesta, probablemente apoyada otra vez por Gothein, fue rechazada. Una de las dos cátedras se concedió a Rickert.

Simmel, murió en Estrasburgo en septiembre de 1918, a resultas de un cáncer de hígado. Resulta paradójico que el periodo en el que tuvo por fin estabilidad y reconocimiento, no fuera el más brillante de su vida como maestro, pues todos los que han reconocido algún influjo suyo lo escucharon en Berlín. Pero, por otra parte, en Estrasburgo tuvo por fin las

mejores condiciones para escribir y en esos años publicó importantes trabajos, incluyendo su *Cuestiones básicas de sociología*.

CONCLUSIONES: FORASTERO A PESAR SUYO

Se ha sugerido repetidamente que el papel de Simmel en el mundo cultural alemán puede interpretarse en términos de uno de los tipos sociales que él mismo produjo, el del extranjero. Habrá que recordar que ahí habla de un actor que llega de fuera y por alguna razón quiere quedarse, pero “no se ha asentado completamente”. Para Simmel (1977), este personaje es un miembro “orgánico” del grupo, pero está adherido al mismo de modo “inorgánico”, por lo que entre ambos surge tensión, extrañeza y objetividad.

Sin embargo, Simmel no había llegado de fuera. No sólo era absolutamente berlinés, sino que se formó en la academia berlinesa y en sus círculos intelectuales. Más bien, creo que, como los modernistas de que habla Ringer, es alguien que se embarcó en una aventura intelectual, lejos de la comodidad de la ortodoxia dominante. Al hacerlo se despegó de su grupo de origen y cuando quiso volver al hogar, es decir, cuando buscó ser reconocido como miembro pleno de tal academia, el grupo ya no lo reconoció como suyo. Ambos se movieron: Simmel hacia la modernidad de manera radical, los mandarines hacia los principios generales de la monarquía prusiana. El aventurero devino así en una especie de forastero, aunque se trató de un resultado indeseado; simplemente no pudo y no lo dejaron ser parte de los acomodacionistas, sino hasta el final de sus días, en la entonces lejana Estrasburgo.

Como he tratado de mostrar, es esta distancia social y cultural, combinada con la estructura polarizada del poder en el campo académico, lo que explica los repetidos rechazos de Simmel por la academia alemana. Ciertamente ello incluyó el asunto del racismo, pero McClelland (1973), quien estudió a profundidad el caso de Schäfer y los prominentes historiadores de Berlín, concluyó que “todos ellos compartían el moderado antisemitismo general de su clase y tiempo sin permitir que se convirtiera en una manía”. Es cierto que la carta que Schäfer envió al ministerio en 1908 parece contradecir esto, pero es que este profesor se había movido incluso a la derecha del régimen: por ejemplo, veía a la política de nacionalidades como “débil y vacilante”. Había cierta ingenuidad fanática en su postura; creo que escribía al ministro lo que éste quería escuchar. Como explica McClelland (1973:32): “Schäfer había simplemente

absorbido las enseñanzas nacionalistas que se le ofrecieron de joven, las había vertido en libros bien investigados que lo llevaron al pináculo del sistema que admiraba, y entonces fue explotado por el sistema”.

Aunque marginalmente, creo que este artículo permite entender también el alcance y las limitaciones de la práctica académica de Simmel. Ciertamente es un lugar común afirmar que a través de sus conferencias, sus charlas y sus artículos influyó en una cantidad enorme de pensadores, intelectuales y artistas de su tiempo. Ernst Bloch, George Luckács, Karl Mannheim, Martin Heidegger, el propio Max Weber y Robert Park, no hacen sino encabezar una larga lista. Sin embargo, es verdad que Simmel no estableció una escuela y estaba consciente de ello. “Sé que moriré sin herederos espirituales (y está bien)”, escribió. Frisby ha argumentado convincentemente que ello no es verdad en sentido amplio, pero creo que Simmel hablaba del sentido estricto. En Alemania era más o menos usual generar esos discípulos, herederos, a través de las prácticas académicas del seminario y la dirección de tesis. Y Simmel no tenía acceso a esas prácticas. Más aún, su grupo de socialización cultural privado, en realidad era más un salón que un seminario, pues los concurrentes, en buena parte, escuchaban hablar a Simmel, sin notas, y sin tomarlas tampoco, pues no querían romper o suspender con cualquier ruido “ese sutil y poderoso encantamiento” que surgía de sus labios (Watier, 2005: 15). No era pues, un grupo de trabajo, discusión y aprendizaje disciplinado. Pero tampoco lo era su seminario informal derivado de las conferencias en la Universidad. Un agudo observador criticaba el hecho de que Simmel condujera y dirigiera de modo tan dominante las sesiones. Decía (Thon, 1897: 800) que:

Un seminario básicamente tiene el propósito de acostumar a los miembros en el trabajo independiente a través de su elaboración propia de temas, y especialmente a través de la participación activa en la discusión. Si los miembros sólo escuchan las palabras del maestro, el seminario falla en cumplir con su misión.

Simmel tenía, evidentemente, el don del encantamiento a través de la palabra, pero no cultivó el del maestro más apegado a la práctica real de la investigación. Pero no tenía las condiciones institucionales para ello, y probablemente el brillante flujo de ideas que dejaba salir tampoco cupiera en ese otro formato, mucho más rígido. En todo caso, mi finalidad no ha sido otra que la de dar cuenta de esas tensiones entre

las estructuras institucionales y un pensamiento tan inquieto, no sé si aventurero o vagabundo, pero seguro enraizado profundamente en la modernidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Abisetti, J. C. (1994). The Decline of the German Mandarins after Twenty-Five Years. *History of Education Quarterly*, Vol. 34, No. 4, pp. 453-465.
- Berriain, J. (2000). Presentación, *Reis*, No. 69, pp. 9-34.
- Blegvad, M. (1989). A Simmel Renaissance? *Acta Sociologica*, Vol. 32, No. 2, pp. 203-209.
- Coser, L. (1958). Georg Simmel's Style of Work: A Contribution to the Sociology of the Sociologist. *American Journal of Sociology*, Vol. 63, No. 6, pp. 635-641.
- Coser, L. (1993). The many faces of Georg Simmel. *Contemporary Sociology*, Vol. 22, No. 3, 1993, pp. 452-453.
- Dorparlen, A. (1972). Heinrich Von Treitschke. *Journal of Contemporary History*, Vol. 7, No. 3/4, pp. 21-35.
- Ferguson, N. (2002). La economía europea, 1815-1914. Blanning, T. C. W. (coord.). *Historia de Europa Oxford. El siglo XIX*, Barcelona, Crítica.
- Fishman, S. (1970). German Mandarins and Weimar Culture. *History of Education Quarterly*, Vol. 10, No. 3, pp. 381-386.
- Frisby, David (1993). *Georg Simmel*, México, FCE.
- Gerth, H. (1950). The Sociology of Georg Simmel, by Kurt Wolf. *American Sociological Review*, Vol. 15, No. 5, pp. 685-686.
- Gil, F. (1986). Max Weber y Georg Simmel. *Sociológica*, Vol. 1, No. 1, pp. 74-79.
- Gil, F. (1997). El fundamento filosófico de la teoría de la modernidad en Simmel. *Estudios Sociológicos*, Vol. XV, No. 43, pp. 3-46.
- Gooch, G. P. (1977). *Historia e Historiadores en el siglo XX*, México, FCE.
- Holborn, H. (1950). Wilhelm Dilthey and the Critique of Historical Reason. *Journal of The History of Ideas*, Vol. 11, No. 1, pp. 93-118.
- Huxtable, R. J. (2002). Reflections: Fritz Haber and the Ambiguity of Ethics. *Proceedings of the Western Pharmacology Society*, Vol. 45, pp. 1-3.
- McClelland, Ch. E. (1973). Berlin Historians and German Politics. *Journal of Contemporary History*, Vol.8, No. 3, pp. 3-33.
- Parker, S. (1996). Cities of Light, Cities of Dread: The European Metropolis and the Conflicts of Modernity. *Contemporary European History*, Vol. 5, No. 1, pp. 139-151.

- Ramos-Oliveira, A. (1995). *Historia social y política de Alemania*, México, FCE.
- Ringer, F. (1978). The Education of Elites in Modern Europe. *History of Education Quarterly*, Vol. 18, No. 2, pp. 159-172.
- Ringer, F. (1992). A Sociography of German Academics, 1863-1938. *Central European History*, Vol. 25, No. 3, pp. 251-280.
- Ritzer, G. (2001). *Teoría sociológica clásica*, Madrid, McGraw-Hill.
- Rosenthal, E. & Oberlaender, K. (1945). Books, Papers, and Essays by Georg Simmel. *American Journal of Sociology*, Vol. 51, No. 3, pp. 238-247.
- Salomon, A. (1995). Simmel reconsidered. *International Journal of Politics, Culture and Society*, Vol. 8, No. 3, pp. 361-378.
- Schutz, A. (2003). La vuelta al hogar. *Estudios sobre teoría social. Escritos II*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 108-119.
- Scott, J. C. (2006). The Mission of the University: Medieval to Postmodern Transformations. *The Journal of Higher Education*, Vol. 77, No. 1, pp. 1-39.
- Sheehan, J. J. (2002). La cultura. Blanning, T. C. W. (coord.). *Historia de Europa Oxford. El siglo XIX*, Barcelona, Crítica.
- Simmel, G. (1977). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza.
- Sturmer, M. (2003). *El imperio alemán (1870-1919)*, Barcelona, Mondadori.
- Thon, O. (1897). The Present Status of Sociology in Germany, III. *American Journal of Sociology*, Vol. 2, No. 6, pp. 792-800.
- Vernik, E. (2007). Introducción. Aguafuertes simmelianas. Simmel, Georg, *Imágenes momentáneas*, Barcelona, Gedisa, pp. 9-22.
- Watier, P. (2005). *Georg Simmel. Sociólogo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Weber, M. (1986). Simmel como sociólogo. *Sociológica*, Vol. 1, No. 1, pp. 81-85.
- Willey, T. E. (1976). Liberal Historians and the German Professoriat: A Consideration of Some Recent Books on German Thought. *Central European History*, Vol. 9, No. 2, pp. 184-197.
- Zweig, Stefan (2002). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado.